

María José Gómez Sánchez-Romate

AJUSTE DE CUENTOS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE NARRATIVA, n°18 —
MADRID • MMXVIII

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MARÍA JOSÉ GÓMEZ SÁNCHEZ-ROMATE

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © TITHI LUADTHONG
Del prólogo © PEDRO ROMERO GÓMEZ
Ilustraciones interiores © LAURA ROMERO GÓMEZ

Primera edición: Junio 2018
I.S.B.N: 978-84-948608-2-9
Depósito legal: M-15753-2018
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A mi madre.

Que habla sin parar y me ha transmitido el amor por las palabras.

A mis hijos.

Los renglones con los que he construido mi mejor historia.

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

PRÓLOGO

Y colorín colorado, este cuento ha comenzado.

Este es el inicio que he querido que compartiesen este libro y mi breve prefacio, y no es algo casual, sino que tiene un gran significado, pues, aunque la autora, mi madre, decide dar esta forma al primero de los escritos de su obra, se equivoca al escribir esto. Es una equivocación consciente, por supuesto, un guiño para todos aquellos que hemos podido conocerla a lo largo de los años lo suficiente como para saber, al igual que ella, que este cuento comenzó mucho tiempo atrás, mucho antes de empezar a escribirlo e incluso mucho antes de que yo, como escritor novato e hijo novatísimo, fuese llamado a la existencia. De hecho, el cuento y, por extensión, el libro del que este texto es prólogo tuvo que comenzar varias veces antes de, efectivamente, ser.

Si le preguntásemos a ella, a la autora, nos diría que el primer paso de este largo camino lo dio cuando cayó maravillada ante los juegos, las sorpresas, las ironías y formas que el lenguaje le proponía. Diría que fue un enamoramiento metafísico, un gusto especial por la palabra escrita. Nos diría que fue algo que, simplemente, la fascinó. Pero no consiga engañarnos con su modestia, pues el primer paso lo dio de forma activa, tan activa como su decisión de dedicarse al estudio de la filología hispánica en un mundo tradicionalmente reacio a valorar las ciencias del alma. Así pues, éste es un libro que nace de un profundo amor por lo que puede decir y también callar a veces una palabra, una frase, una línea y, en fin, un cuento.

Este es un libro también que se convierte, por acción de esa maravilla que es para su autora el lenguaje, casi en cuaderno de

juegos, en exploración y exhibición simultánea, una serie de introspecciones que acaban arrancando historias a la piel de la realidad, siempre vulnerable a ser contada. Porque la realidad también es uno de los agentes indirectos de esta obra. Nada podría escribirse sin un mínimo contexto, una inspiración o un detalle visto bajo la perspectiva adecuada. Pero para ello es necesario también tener una mirada atenta, característica de la que ella hace gala al encontrar historias en el espacio que ocupa un hogar. Así, esta creadora de la expresión se camufla, ejerciendo el papel de madre, hija, profesora, transeúnte o simple individuo, sentada en un banco del parque de detrás de su casa, trabajando al sol mientras observa. Ningún aspecto de la vida, ningún matiz es demasiado pequeño para su narrativa, y describe con la misma emoción la tristeza de un mal gesto que la naturaleza tan poco humana en ocasiones del hombre, llegando incluso a hacernos pensar que considera ambos dilemas iguales. Lo cual es cierto, pues si bien ella conoce y se esfuerza por denunciar todo aquello que considera inaceptable, entendiendo el poder de la ironía literaria como mecanismo para cambiar la realidad imperante o, al menos, para cuestionarla, también sabe que este contexto global, esta gran historia del mundo presente no se construye sino a través de los pequeños retazos que aportan las individualidades, lo cual ella entiende como cuentos.

Este es, en definitiva, un libro que nace del coraje y de la más profunda voluntad, valores básicos en la autora y que, desde un principio, la llamaban a llegar a este punto, a estas páginas, a esta obra suya que, a su lado, hemos visto nacer y crecer con tanto tiempo como cariño, frustración a veces, esperanza en otras muchas. Este libro huele a vida por éste y por otros muchos motivos. Como siempre ocurre cuando uno escribe, está trazado de experiencias, de sentimientos y de todo aquello para lo que ni siquiera una escritora -porque mi madre lo es, siempre lo ha sido, incluso antes de saberlo- es capaz de expresar verbalmente. Es también una recopilación de fantasías, de sueños y de disparates, escenario perfecto

para los juegos lingüísticos que tanto disfruta y busca la autora en cada cuento, escenario donde, como al escribir, todo es posible a priori. Podríamos decir que, de alguna y, en realidad, de muchas formas, este libro habla del lenguaje, de las posibilidades que ofrece a una mente creativa como la suya, de los peligros que entraña también, siendo medio de una reflexión dolorosa a veces, pero que no por ello deja de ser disfrutada y reconocida cuando nos la presenta de forma que no tenemos claro si debemos reír, llorar o sentir rabia por lo que nos está contando. La historia que nos cuenta vive y nace de la imprecisión consciente, de la información que nos niega en principio su lectura y que, poco a poco, va siendo siempre reducida pero suficiente, dejándonos con el alma inquieta del lector que busca saber, saberlo todo, y que llega a cada final confiado para sufrir un giro total, pues si de algo es una auténtica virtuosa es de engañarnos siempre, en cada escrito, incluso a aquellos que, como sus hijos, creemos conocer su prosa y sus argumentos con seguridad. Nunca dejará de sorprendernos su capacidad de reinventarse, de dar forma a lo que carecía de ella, de crear y de ser una madre que sabe valer por dos cuando es necesario; en fin, nunca dejará de fascinarnos su capacidad de vivir, sin miedo, una existencia que bien podría considerarse, como este libro, una sucesión de todo tipo de cuentos.

Así pues, este es un libro que nace y no deja de nacer. Lo hace con cada cuento que comienza, con cada letra que se descubre nueva para una mirada atenta, incluso con cada comentario que se hace sobre él, pues es una obra que surge por y para la palabra, siempre cambiante, siempre ingobernable, siempre dispuesta a prestar voz, como es este el caso, a una existencia que, al igual que su autora, se niega a conformarse con la realidad y, al mismo tiempo, sabe disfrutar de ella. Tenga cuidado, lector. Tiene en sus manos un mundo y una vida.

PEDRO ROMERO GÓMEZ

www.cuadernosdelaberinto.com

1
CONTESTATARIO

Y colorín colorado, este cuento ha comenzado.

www.cuadernosdelaberinto.com

La precipitación le mató de un concienzudo ataque al corazón en el momento de perder el metro.

Llevado del vértigo insaciable que proclama la prisa, comenzó a calcular, como en un reproche, el preciso momento en que perdió el tiempo necesario por el que ese vagón ingrato y despiadado le había ofrecido una inmisericorde puerta cerrada en burlón desafío.

Y el tiempo se expandió, se convirtió en un retroceso que almacenaba minutos desaprovechados y sumas funestas que no permitían ver más allá de ese metro que iba ya por delante de cualquier otro que ahora se tomara.

Las mínimas tareas se ajustaron a esa numeración de horas trepándose unas sobre otras: debió salir de casa con más antelación, para lo cual levantarse más pronto, y acostarse temprano el día anterior...

Su corazón no pudo resistir ver que, según sus cálculos, para no llegar tarde a la oficina tenía que haber nacido dos días antes.

Sus profesores continuamente le decían que sus palabras no venían a cuento. A ellos les dedicó su primer libro.

www.cuadernosdelaberinto.com

A los 18 años es un extremista lleno de consignas solidarias, un radical bienintencionado absolutamente convencido de la firmeza de sus ideas, de la claridad de sus postulados y de la necesidad urgente de lanzarse a cambiar el mundo drásticamente.

A los 30 años es un activista de tertulia, que comenta escandalizado el periódico mientras se toma su café con churros y conversa con los amigos sobre la necesidad, siempre teórica, de mantenerse firme en las ideas. Opina que este mundo debería cambiar gradual y pacíficamente, es decir, sin que ello afecte a la estabilidad de su vida encauzada.

A los 50 años es un moderado y comedido representante de la sociedad del orden que cree que los extremismos son peligrosos, lleva a sus hijos a colegios privados y centra sus ideas en el partido del domingo, considerando que quien no prospera es por negligencia, vagancia o ineptitud. Entrega mensualmente dinero a una ONG y cree que así cumple su misión salvífica, procurando los recursos a los que saben para que modifiquen el mundo en lo que puedan mientras que él se ocupa de las reformas del chalé adosado.

A los 70 años es un fanático opositor de cualquier cambio, receloso ante innovaciones perturbadoras que puedan afectar en algo al sistema de pensiones. Oponente de la juventud, a la que considera intolerable y exaltada, sus ideas se hallan firmemente anquilosadas en cualquier tiempo pasado, siempre mejor. Y aunque todo critica, y a todos considera responsables, no se molestará en comprometerse con nada, porque ya hace mucho que se ha convencido de que el mundo no tiene remedio.

Se asustó mucho al ver la sangre. ¿Quién quitaría todas esas manchas? A punto estuvo de dejar de apuñalar a su mujer para que se pusiera a limpiarlas.

www.cuadernosdelaberinto.com

El día prometía ser espléndido. Sol ardiente, río fresco, coche cercano: sueño cumplido de dominguero.

En la mesa de plástico la tortilla se cubría púdicamente con una servilleta del asedio de las moscas. En las ramas del árbol más cercano una radio a pilas competía con los sonidos del campo. En el río, el agua vertía su cauce sobre la sandía colocada en la orilla, y a su alrededor pequeñas ranas recién salidas de renacuajos pululaban inocentemente.

Coge un bicho a la niña para que se entretenga, dijo la madre. Y el padre metió una de las pequeñas ranas en un precioso cubo con forma de torreón.

La niña se entretuvo durante toda la tarde. Empujó al animal con el dedo para hacerlo saltar inútilmente por las lisas paredes del cubo, se lo pasó de una mano a otra por ver si encontraba salida entre los dedos, hizo lanzamientos de altura al agua. Se lo pasó muy bien con su nueva mascota.

Al final del día se marcharon a casa, satisfechos del perfecto día de campo.

Detrás dejaron los frondosos árboles, la fresca agua del río, unos cuantos desechos esparcidos que había dado pereza recoger, y una pequeña rana intentando arrastrarse al agua sobre sus dos patas rotas.

Se escondía en el campanario cuando su padre le pegaba. Acurrucado entre los nidos les rogaba a las cigüeñas que se lo volvieran a llevar.

www.cuadernosdelaberinto.com

Cuando murió se fue derecho al cielo. Echó un vistazo y pidió el libro de reclamaciones.

www.cuadernosdelaberinto.com

La gente habla sin mediar provocación ni motivo. Las palabras se lanzan impunemente. Sin control, sin advertencia, sin medida.

La gente no se da cuenta de lo que hace. Las palabras se escabullen, escapan a su gobierno, se vuelven ásperas o frías. Se desmandan. Algunas se cobijan de la desbandada en bocas agradecidas. Algunas se arrastran moribundas por un suelo manchado de pisadas y letras mayúsculas. Algunas se clavan en órganos vitales y se nos pudren dentro. Y algunas matan.

Y tú me miras, mientras te limpias con el dorso de la mano los restos de nuestra conversación de la comisura de los labios. Me observas mientras tus últimas palabras brillan punzantes en el filo de tu boca. Me miras, y no ves que ya estoy muerto.

www.cuadernosdelaberrante.com